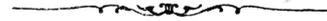


LOS BASCONGADOS EN MELILLA



Recuerdos de viaje

Una Misa de campaña es algo solemne, teatral y grandioso.... No es la Misa de las ciudades en el templo adornado de altares, de luces, telas y cuadros: no es el Sacrificio Santo celebrado bajo la cúpula de soberbia catedral, con el acompañamiento de cantos religiosos y de la voz grave del órgano.

Esta Misa celébrase en una catedral cuya cúpula es el ancho cielo, que ilumina el sol, inundando de alegría la naturaleza toda; y á la que prestan robusta grandeza los valles y las montañas que llenan el fondo; cuya música es á veces la lejana del mar, que se deshace en olas....

Hace unos meses presencié el espectáculo en Melilla; es por demás conmovedor y jamás se borrará de mi memoria....

El general en jefe, acompañado de su Estado Mayor, salió de la plaza hácia las diez, y, á pie, llegóse hasta el campamento. La ciudad de blancas tiendas habíase vestido de gala. Los soldados aparecían más limpios; las tiendas abrían sus puertas y dejaban ver curiosos interiores de la vida militar; formábanse aquí y allá animados grupos; todo el mundo queria salir para ver al general y saludarle. Sonaba el toque de alegre corneta convocando á las tropas, que, como mancha de aceite, se extendían por el campamento; oíanse los solemnes acordes de la Marcha Real, que parecía agrandarse y hacerse más majestuosa en estos campos de lucha y de sangre.

Cuando las tropas estuvieron formadas, cuando el valle, las cadauéricas colinas, el campamento todo se llenó de soldados, oyóse el toque de atención. Entonces vi por completo el cuadro hermoso.

Delante de nosotros, apoyado en las blancas tapias del cementerio, alzábase el altar sobre un fondo de rojo damasco, en el que se destacaba la figura de la Virgen.

Esta Virgen, toscamente pintada, Virgen del pueblo, que habla más á los soldados que cuantas pintaron los maestros del arte, dirigía su angustiada y triste mirada hácia el campamento. Ni cuadros, ni dorados, ni luces adornaban el sencillo altar...

Y mientras el sacerdote se vestía la morada sotana, era hermoso ver el espectáculo que ofrecía el campamento. Las tiendas blanqueaban en la pendiente de los montes como un campo de nieve que empezára á derretirse; bajo el cielo azul herian la vista los plateados cascos de la Caballería; aquí, una mancha negruzca y blanca de caballos que se revolvían impacientes; más allá la masa plomiza de los soldados en traje de campaña; el mar á lo lejos, las montañas envueltas en pálidas nieblas, oscureciendo el fondo....

La Misa iba a empezar. Los soldados que no formaban asomábanse á las tiendas; unos á medio vestir, otros limpiando sus ropas, alguno sosteniendo las riendas de su caballo, ó burlando tímidamente la mirada del capitán. El general en jefe, colocado á dos pasos del altar, levanta la mano, y el Sacrificio Santo da principio. Todo es solemne en él. En primer término brilla el altar; blanquean más abajo las cabezas de los ancianos generales; unos ayudantes y oficiales de aspecto aristocrático, siguen con las cabezas bajas los movimientos del sacerdote; la tropa, innumerable, inmovil, envuelta en los reflejos de bayonetas y fusiles, parece dominada, como atraída por imán, por la solemne Misa.

Todo permanece en silencio: las armas, los hombres, el aparato guerrero, la barbárie de la lucha se suspende ante el Cristo de la cruz, que brilla en el modesto altar. Hay después un momento aún más hermoso.

La Hostia Santa blanquea en el azul del cielo: miles de hombres se arrodillan. La religión de Cristo triunfa en africana tierra, hace ostentación de su sencillez grandiosa frente al enemigo eterno de la Cruz, que tal vez contemple, curioso y enojado, desde el vecino Gurugú, á nuestro Cristo brillando al sol del Africa, al sacerdote y á los soldados de rodillas.

Es el momento de «alzar» en campaña algo que no puede explicarse con la pluma. Aún al más incrédulo sobrecógele grandiosa emoción

cuando contempla aquel mar de hombres que se inclinan al unísono y rezan como movidos por una fuerza superior. El Dios de las batallas habla entonces al soldado, préstale entusiasmo y fe, conforta su espíritu: porque las dudas, los escepticismos, parece que se borran en la lucha salvaje del hombre, bajo la lluvia de las balas.

No es fácil olvidar este momento. El general vencedor en cien combates inclínase, respetuoso: los oficiales, los generales, cuanto manda y puede, híncanse de rodillas; los soldados de hermosa fe, los soldados aldeanos, creyentes y sinceros, besan la tierra.... Y oigo entonces decir en voz muy baja, de rezo:

—*Jaungoikoa! Jaungoikoa!*

—*Jaungoikoa! Jaungoikoa!*—repite una voz femenina.

Me vuelvo y contemplo á varios robustos mozos, de marcado tipo guipuzcoano, marcialmente vestidos, los cuales, humildes, se prosternan ante su *Jaungoikoa*. No lejos de ellos veo á una muchacha bizcaína, hermosa, de encendido y fresco color, que arrodillada, reza fervorosamente... Es la cantinera del regimiento... Ha venido á Melilla deseosa de compartir con nuestros soldados peligros y hazañas. Vestida con traje masculino, grave y brava en sus ademanes, pensára cualquiera ver en ella á la sin par D.^a Catalina de Erauso, la *Monja Alférez*...

Y en tan grandioso momento un sentimiento de admiración se apodera de mí. Porque veo en aquel sencillo cuadro representadas nuestras nobles tradiciones bascas y también ahogados los tradicionales odios ante el enemigo de la fe. El ejército español está allí y con él los bascongados en primera línea.... Por la naturaleza parece que cruza entonces el Angel de la paz....

RODRIGO SORIANO Y B. ALDÁMAR.

